CAPÍTULO V.

QUE TRATA DE LOS ÉXTASIS DE SANTA TERESA DE JESÚS SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.

Mi profana vista no ha mirado todavía más que las bellezas del pórtico y antecámara de la unión amorosa sobrenatural: ahora pretendo dirigirla á los salones del palacio místico de Santa Teresa de Jesús. Pido á Dios, por tanto, que mis ojos no cieguen con el resplandor de las moradas celestiales que habitó la nobilísima española durante su vida terrena. A nadie extrañará mi ruego, cuando la misma Santa escribe:

El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aún más que para las pasadas... No diré cosa que no la haya experimentado mucho: y es ansi, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que

la segunda, que esta pérdida provenga de la unión de amor; y la tercera, que se haga sin violencia. Que cuanto á la primera no hay necesidad de pruebas, pues además de que el significado de la palabra expresa la pérdida de los sentidos, no hay entre los místicos, ni entre los que no lo son, quien al hablar de alguna persona que ha llegado á estar extática en la oración, no entienda al punto que la tal persona ha estado fuera de sí, á lo menos en cuanto á los sentidos exteriores, por la elevación de la mente y el espíritu á contemplar cosas que sobrepujan su condición. Que cuanto á la segunda, es manifiesto que no se da jamás éxtasis sin unión de amor; pues su causa es el amor místico que sacando el alma de los sentidos y de sí misma la transforma; siendo también ésta la opinión del Doctor Angélico, como he dicho. Y respecto á la tercera, que así lo afirman Santo Tomás, Dionisio Cartusiano, Alvarez de Paz y otros doctores, al separar el éxtasis del rapto, el cual de suyo significa realizarse con una especial violencia (1).

Sentado ya que en el éxtasis la unión de amor penetra poco á poco el alma con dulzura hasta enajenarla totalmente, tengo que decir el modo de formarse en lo interior del espíritu.

Enseña Ricardo de San Víctor (2), que el éxtasis proviene, ora de la grandeza de la admiración, ora de la grandeza de la devoción, ora de la grandeza del gozo y regocijo. Del primer modo, cuando el alma

(1) S. Thom. 2. 2. q. 175. art. 2.—Carthum. *Select. mist.* part. 5. cap. 9. núm. 13.—Alv. de Paz I. 5. part. 2, cap. 9 et 10,

(2) *De contempl.* 1. 5. c. 5. cap. 14.

altamente ilustrada y por todo extremo pasmada de la belleza y bondad de Dios, llega á apartarse de su estado natural, y á ser elevada sobre sí misma y transformada en El. Del segundo, cuando la llama del divino amor creciendo, derrite el alma como blanda cera, y la hace abandonar del todo su antiguo estado y pasar al sumo bien. Del tercero, cuando el espíritu empapado en la excesiva dulzura del amor divino por el exceso de gozo, no sabe ni lo que es, ni lo que fué, y olvidado totalmente de sí mismo, se va á transformar en el divino afecto.

Lo cual quiere decir que aunque para enajenarse el alma de los sentidos concurra tanto la inteligencia con sus conocimientos, como la voluntad con sus afectos, puede á veces tomar más parte la voluntad con el amor ó gozo que nace del amor suave.

Mas veamos ya lo que dice Santa Teresa de este sublime grado de oración infusa. Así escribe:

En toda la oración y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir de él..... Ahora hablando de esta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuanto la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve que descanso tuviera el hortelano (1).

Y así es: porque el alma no hace aquí más que mirar y admirar la verdad que el poder infinito de Dios pone en ella *directa* ó *mediatamente* con todo

(1) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVII. pág. 153 y 157.

el esplendor de la evidencia sobrenatural. El rayo que el Señor hace penetrar en el espíritu del hombre, al par que deslumbra toda otra luz, comunica tal fuego al amor de la voluntad, que ésta se siente divina é invenciblemente atraída, y no sabe, ni quiere, ni puede gozar otra dicha que no sea la del inmenso ardor que la consume. En una palabra; el alma en estos casos no mira por ninguna de las puertas corporales que usa de ordinario; pues no atiende, entiende, ni ama, sinó al objeto divino que la penetra y llena toda. Por eso dice con mucha propiedad la Santa, *que riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho.*

Véase cómo describe la Doctora mística, después, lo que sucede en esta unión.

Estando ansí el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que la va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar á su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, y no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar. (1).

(1) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVIII. pág. 158.

Adviértase que todo esto es al principio, y que no traspasa el límite de lo ya señalado á los signos exteriores de los éxtasis fisiológicos; pues la flaqueza funcional y el entorpecimiento semiparalítico de la sensibilidad aquí descritos, dije que eran fenómenos dependientes del exceso de actividad que dedica el espíritu para atender poderosa y exclusivamente á un objeto superior de conocimiento. Y tan bien comprendidos fueron estos efectos naturales por la Santa, que al exponer su causa, dice: *porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria* (1).

Mas en lo que sí difieren ya estos signos iniciales en uno y otro caso, es en que, cuando son efecto de la unión mística, *el deleite exterior que se siente es grande y muy conocido* (2): cosa nada extraña si se piensa que durante los éxtasis goza el alma un placer divino al ponerse en contacto con su Dios: que así como los sentidos corporales impresionados suave y adecuadamente, producen sensaciones agradables de que participan las facultades sensibles y las superiores, así el espíritu que experimenta el bienestar dulcísimo del contacto de su bien sumo, trasmite á la potencia sensitiva como una irradiación de su elevado goce.

La Santa continúa: *Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien á donde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo de manera que no queda ninguno desocupa-*

(1) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVIII. pág. 158.
(2) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVIII, pág. 158.

do para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes (1), *dábaseles licencia para que hicieran algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar á entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo ni el alma lo tiene para poder comunicar aquel gozo* (2). Lo cual dista mucho del cansancio sensitivo que acompaña al trabajo intelectual intenso que presta el sujeto que atiende naturalmente.

Pero donde se ven mucho más claras las diferencias, es *en lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras...* DESHÁCESE TODA, HIJA, PARA PONERSE MÁS EN MÍ; YA NO ES ELLA LA QUE VIVE, SINO YO: COMO NO PUEDE COMPRENDER LO QUE ENTIENDE, ES NO ENTENDER ENTENDIENDO... *Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan escuro lo que allí pasa. Sólo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran* (3).

Vacilante se mueve la pluma de la insigne escritora eligiendo palabras que serían propias para expresar

(1) En los grados anteriores de oración.
(2) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVIII, pág. 153
(3) Ob. cit. *Vida.* Cap. XVIII, pág. 160.

conceptos del orden natural; pero que no lo son al traducir cosas extraordinarias y sobrenaturales. Mas enseñada por Dios, escribe frases que ponen de manifiesto el carácter sobrehumano de los hechos místicos que expone, y la diferencia esencial que los separa de los estados fisiológicos. Porque no ver cuanto distan unos de otros en lo que dice la Santa, equivale á confundir el trabajo de una inteligencia que analiza, compara y deduce en fuerza de tiempo y paciencia, con el dulcísimo sosiego del entendimiento que contempla y admira una verdad evidente, cuya posesión repentina é inesperada le hace gozar un bien que excede con mucho á todos sus deseos y esperanzas.

Téngase presente, á fin de entender el alcance de cuanto dice aquí la Santa, que esa falta de operaciones naturales de las potencias superiores del espíritu, cae bajo el dominio del sentido íntimo humano. ¿Qué hombre deja de tener conciencia de si obró ó nó con la facultad intelectiva, con la memoria, la imaginación ó la voluntad? Ninguno; pues aunque lo supongamos tan escaso de estudio que ignore los nombres propios de cada potencia del alma, siempre dará cuenta de los actos respectivos diciendo, á su modo, si ha trabajado *su cabeza* durante tal ó cual momento, si *pensó ó no pensó* en tal ó cual asunto, si *tuvo ó no tuvo* este ó aquel *recuerdo, imaginación* ó *fantasía*, ó si *quiso* ó *no quiso* esta ó aquella cosa. Por esta razón no duda el fisiólogo respecto al uso activo de las facultades psicológicas del sujeto que al salir de un éxtasis natural asegura que trabajaron mucho aquéllas investigando un problema ó discurriendo en cualquier concepto. Por eso no duda el patólogo de la veracidad del catalépti-

co, del enajenado, del sonámbulo, del histérico, ni del ebrio, cuando al volver á su estado normal, le dicen unos que nada percibieron, sintieron ni pensaron, y afirman otros que su entendimiento, sentidos y facultades pasaron por un período de trastorno, excitación ó debilidad.

Lo único posible en ciertos casos es, que el paciente interprete de una manera viciosa las sensaciones y fantasmas que percibió durante los ataques de su mal; esto es, que tenga conciencia errónea de los hechos: mas en tales circunstancias, corresponde al observador examinar dichos asertos y valorarlos; estudio que emprenderé más tarde, concretándome á los hechos que la Santa describe en sus obras, y que han querido explicar falsamente los naturalistas.

Santa Teresa de Jesús, por tanto, pudo tener conciencia de que en las uniones místicas que gozó, faltaban los actos naturales de las facultades superiores de su alma; suceso que expresa profundamente diciendo, que *todas las potencias se suspenden de manera que en ninguna manera se entiende que obran.*

Al oir esto, el naturalismo exclama en tono de asombro, irreflexiva ó tal vez maliciosamente: ¿y cómo estando suspendidas las potencias *de manera que no se entiende que obran,* puede el místico decir que durante sus uniones extáticas se hallan muy ocupadas dichas facultades superiores anímicas?

La respuesta á semejante pregunta puede aprenderse en las palabras que voy á tomar del *Castillo Interior* y *Vida* que escribió la Santa, diciendo:

O hermanas, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites, que hay en las quintas moradas?...

para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y nó nos descuidar poco ni mucho: por eso, hermanas mías, alto, á pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma... porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo... aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento hasta el amar: si lo hace no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría, en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más en Dios, que ansí es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones, que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios; de manera que aun no sé yo si le queda vida para resolgar. Ahora lo estaba pensando, y paréceme que nó: al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace. Todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que siente, y como no llegan sus fuerzas á esto, quédase espantada de manera, que si no se pierde del todo, no menea pie ni mano; como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece estar muerta (1).

En su *Vida* se lee: *Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere*

---

(1) *El Castillo Interior ó Tratado de las Moradas:* escrito por Santa Teresa de Jesús. Edición autografiada é impresa según el texto original, propiedad de sus hijas las religiosas Carmelitas Descalzas del convento de San José de Sevilla. Publicado por iniciativa y bajo la dirección del Emmo. y Rvmo. Fr Joaquín Cardenal Lluch Arzobispo de Sevilla, 1882. Pág. 48, 49 y 50.

hablar en griego; que así es ello dificultoso. Con esto lo dejé y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor, que ansí favorece á los inorantes... Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras puniéndome delante cómo lo había de decir (1).

Define el éxtasis San Agustín, diciendo que es el transporte del alma, separándose y casi alejándose de los sentidos corporales (2). San Buenaventura dice, que es la elevación del alma hasta esa fuente de amor divino que sobrepuja al entendimiento humano; elevación por la que el alma se separa del hombre material (3).

Santo Tomás lo explica de esta manera: «Se dice que alguno está en éxtasis cuando se pone fuera de sí; lo cual acontece ya en la facultad aprensiva, ya en la apetitiva. Cuanto á la primera, se dice que uno se pone fuera de sí, cuando se coloca fuera del conocimiento que le es propio, ya porque se remonta á cosas superiores, como el hombre cuando se eleva á comprender algunas cosas que están sobre los sentidos y la razón, se dice que está en éxtasis en cuanto se coloca fuera del conocimiento connatural de la razón y los sentidos; ya porque se rebaja á cosas inferiores, como cuando alguno se pone furioso ó loco. Cuanto á la facultad apetitiva, se dice que alguno está en éxtasis, cuando su apetito se va á otra cosa, saliendo, en cierto modo, de sí mismo.

»La primera clase de éxtasis la produce el amor

(1) Ob. cit. *Vida*, cap. XVIII, págs. 153 y 157.
(2) L. 2. *Ad Simplic.*, q. I, in Ps. 67, v. 30.
(3) *De grad. contempl.*, t. VII.

disponiéndonos á ella en cuanto nos hace meditar sobre el amado; pues la meditación de una cosa nos abstrae de las demás. La segunda clase de éxtasis la produce el amor directamente, pues en el amor de *concupiscencia* es, en cierto modo, llevado fuera de sí... y en el amor de *amistad*, el afecto del amante sale simplemente de sí» (1).

El Cardenal Bona lo define: un transporte del alma en el cual los sentidos quedan tan impedidos, que no solamente no actúan, sinó que ni siquiera pueden actuar ni ser excitados por los objetos exteriores (2).

Las notas características del éxtasis son: la concentración de las potencias del alma en el conocimiento y amor del objeto amado, y la suspensión del ejercicio de los sentidos. Mas nótese que hay dos uniones extáticas: una en que la enajenación espiritual se hace con gran suavidad, y otra que tiene lugar con mucha violencia. La primera se llama *éxtasis perfecto* y la segunda *rapto*. No es arbitraria esta división, como algunos místicos suponen; pues sus respectivas propiedades varían.

El sabio Scarameli, que acepta y apoya esta división, dice, que el éxtasis perfecto consiste en «la unión mística de amor, en cuanto enajena el alma totalmente de los sentidos, pero sin violencia alguna, con sola suavidad» (3). Añade que en tales palabras se contienen tres cosas: primera, que para la formación del éxtasis se requiere la pérdida total de los sentidos;

(1) Sto. Thom., l. 2, q. 28, art 3.
(2) *Discretione spirit.*, cap. XIV.
(3) Obr. cit.